

Martín Lutero ¿Un genio del idioma alemán?

ROLF MÜSCHEN F. y
YENNY BIEREGEL B.

Además de la importancia que tiene Martín Lutero en la historia de la cultura occidental, ya sea en el campo de la religión, de la política o de la filosofía, representa para todos aquellos que conocen la lengua alemana un momento crucial en el desarrollo de este idioma: a lo largo de su vida este monje escribió innumerables obras que reflejan su talento creador en el aspecto lingüístico, además de sus dones místicos y literarios.

Basta hojear cualquier historia de la literatura alemana para encontrarse con el nombre de Lutero, al cual se le llama el creador o el reformador de la lengua alemana culta moderna.

Respecto de esta frase quisieramos plantearnos la siguiente pregunta: ¿está justificada esta aseveración? Trataremos de buscar una respuesta objetiva a esta duda, la que es muy difícil de dilucidar por dos razones: la primera, que el personaje tiene en el campo religioso una importancia tal, que hace difícil ocuparse de él prescindiendo de ese aspecto y, segundo, que todo aquello que se puede citar en apoyo de esta afirmación está escrito en alemán y tendría que ser traducido por una persona que igualara el genio de Lutero.

Lutero fue estudiante de jurisprudencia y de teología en la Universidad de Erfurt y luego monje agustino que se doctoró en la Universidad de Wittenberg, en la cual ejerció la cátedra de Teología. Todas estas actividades le dieron oportunidad de aprender a fondo el latín, el griego, el hebreo y otros idiomas sin sospechar que estos conocimientos le servirían para

emprender la tarea más importante de su vida: la de poner la Biblia al alcance de su pueblo, de la gente sencilla que no sólo no comprendía el latín ni el griego, sino que usaba un alemán salpicado de metáforas y símbolos de la vida diaria.

El deseo de verter esta obra en un lenguaje que todos sus compatriotas pudieran comprender y leer con interés y alegría, surgió de su concepción religiosa de que el ser humano puede acercarse al conocimiento de Dios en sus momentos de recogimiento, sin necesidad de un intermediario.

Esta intención de Lutero obedeció al hecho de que las traducciones de la Biblia que hasta ese momento existían —17 en total— divulgadas ya por el nuevo arte de imprimir, habían sido traducidas ateniéndose a la letra y no al espíritu de su contenido, y además vertidas a un lenguaje culto, difícil de comprender para las personas sin educación formal.

Es de todos conocida la terrible crisis político-religiosa que provocó en Alemania la crítica abierta de Lutero a ciertas prácticas de la Iglesia. Dado su carácter profundamente religioso y su interpretación demasiado severa de la moral cristiana, no podía retractarse de lo que ya había dicho. Esto lo llevó a aislarse después de haber enfrentado la crítica de toda la opinión pública y a refugiarse en el castillo de Wartburg.

Protegido de los peligros y de las preocupaciones mundanas pudo allí dedicarse a la tarea magna de su vida, a la traducción de las Sagradas Escrituras. Si las traducciones anteriores se habían hecho de la versión latina, la comúnmente llamada "vulgata", esta sería la primera vez que un traductor alemán se basaría en los textos griego y hebreo para acercarse en forma más fiel al mensaje religioso original.

Según los críticos y estudiosos de la obra de este monje, lo valioso de su creación consiste en su gran sensibilidad y fantasía para compenetrarse del sentir de la gente humilde y poder así, sin tener estudios lingüísticos, traducirla a un lenguaje vivo y cercano a la realidad del pueblo alemán, logrando con ello una obra que en su época se transformó en la lectura diaria de la mayoría de los hogares alemanes.

Después de haber trabajado diez años en esta traducción, Lutero hizo publicar su primera versión del Nuevo Testamento en el año 1522; a continuación, en el año 1534, el Nuevo y el Antiguo Testamento. Durante todos estos años dedicó su tiempo a constantes correcciones y revisiones de su obra; producto de esta actividad fue otra versión de la Biblia redactada con ayuda de algunos colaboradores, como Ph. Melanchton, entre otros. Hasta el final de sus días continuó Lutero profundizando su trabajo. Durante su vida tuvo la satisfactoria experiencia de ver 10 ediciones de su

obra. La última de estas publicaciones la revisó personalmente y apareció en 1546, un año después de la muerte de su traductor.

Sólo a la luz de los conocimientos de la lingüística moderna puede captar un traductor las enormes dificultades que se le presentan a todo aquel que quiera verter el contenido de un texto con toda su riqueza y autenticidad a otra lengua. Para comenzar, tiene que decidirse por el nivel de estilo que elegirá, guiándose por el que tiene el público lector y escogiendo el vocabulario adecuado a este nivel. En segundo lugar debe velar por la integridad de la información. Si estimamos estos dos factores de rutina y puramente mecánicos, nos queda por considerar una tercera fase totalmente creativa y que depende, no ya de los conocimientos profundos de las dos lenguas, sino puramente de la fantasía y sensibilidad del traductor: debe velar por que las metáforas y símbolos contenidos en el texto que traduce se vuelquen con la misma fuerza poética en la versión que él crea, para lo cual tiene que buscar el vocabulario y las metáforas que en esta segunda lengua despierten en el lector idénticas reacciones y sentimientos que lograron estos elementos en el idioma original.

Como traductor se ciñó Lutero al principio que él mismo formuló, que afirma que "hay que fijarse en el habla de la madre en el hogar y del hombre vulgar en el mercado" ("also redet die Mutter im Haus und der gemeine Mann auf dem Markt, dem du auf das Maul sehen sollst"). Con esta frase se refiere Lutero al problema que citamos más arriba de la elección del vocabulario y del nivel de estilo que tiene que elegir el traductor. Un ejemplo muy decidor cita él mismo en su obra: "Mensaje sobre la traducción", que ilustra claramente la problemática de todo traductor respecto de este punto, y que podría servir para una teoría moderna de la traducción. Cita Lutero una frase de su propia versión, del Evangelio según San Lucas (1, 28) que dice lo siguiente, refiriéndose al momento en que el ángel saluda a María: "¡María llena de gracia!" ("Maria voll Gnaden"). ¿Dónde hay un alemán que hable así? El alemán pensaría en un barril lleno de cerveza o en una bolsa llena de dinero, por eso traduje al alemán (alemanic-verdeutschen): ¡Tú bendita! (Du Holdselige). Y si yo hubiera querido escoger la mejor expresión alemana, habría tenido que traducir así "¡Dios te salute, amada María!" (Gott grösse Dich, Du liebe Maria!), pues eso es lo que el ángel quiere decir, y así habría hablado él, si la hubiese querido saludar en alemán. El que sabe alemán, sabe muy bien cuán cordial es esta fina palabra: ¡Tú, amada María! Nuestro amado Dios, nuestro amado Emperador, el amado esposo; yo no sé si esta palabra "amado" se puede usar en forma tan cariñosa y con un sentido tan pleno en la lengua latina o en

otras lenguas, o si en ellas puede penetrar a través de todos los sentidos y llegar hasta el corazón como lo hace en alemán".

En la primera parte de la citada obra "Mensaje sobre la traducción" esclarece el autor los principios fundamentales que determinaron su forma de traducir. Esta obra es en parte una justificación y una aclaración respecto de los puntos de vista que tomó en cuenta para su trabajo, que había sido criticado por eruditos que no lo comprendieron y que afirmaron que él había tratado el texto original en forma errónea y arbitraria.

Hay otro punto que fue para Lutero principio hermenéutico básico de su actividad como traductor: no perdió de vista en ningún momento la reproducción exacta hasta en lo más mínimo del sentido del texto original, evitando la dependencia esclavizante de la palabra aislada. Según él, el traductor se ve a veces obligado —precisamente con el fin de ser un verdadero traductor— a alejarse de la letra. Esta convicción lo lleva a formular un principio básico que está al nivel de las teorías modernas de traducción y que dice lo siguiente: "El sentido (de un texto) no está al servicio ni obedece a las palabras, sino que las palabras están al servicio y obedecen al sentido".

Estos principios son los que hacen de esta traducción de la Biblia una gran obra literariamente creativa, que fue desconocida por muchos contemporáneos cultos, pero que tuvo la virtud de dar acceso al pueblo alemán a las Sagradas Escrituras. Lutero dice al respecto una frase pintoresca que nos ilustra gráficamente lo lento y trabajoso que fue el camino para lograr los resultados que él deseaba: "... uno recorre ahora con la vista tres o cuatro páginas y no choca con nada desconocido; pero no se da cuenta de cuántas rocas y troncos había en el camino". Y más adelante continúa diciendo, refiriéndose a sí mismo: "Hemos tenido que sudar y angustiarnos para poder sacar del camino estas rocas y troncos, para que uno pueda adelantar con facilidad. Pues yo quise hablar en alemán y no en latín o en griego". Estas palabras expresan en forma muy resumida el esfuerzo titánico que hizo el reformador, tanto para comprender exactamente el texto original como para darle forma al pensamiento y encontrar la expresión alemana precisa que calzara con el contenido. Se sabe que trabajó durante 23 años en esta obra y que tardó todo este tiempo en encontrar, después de varios intentos fallidos, las expresiones alemanas que calzaran exactamente con el significado del texto original. De esta manera pulió poco a poco las versiones de la Biblia que ya habían sido publicadas, tratando cada vez de mejorarla. Se pueden comprobar como producto de estos años de trabajo una riqueza extraordinaria en las posibilidades de expresión y una fina sensibilidad en la elección del vocabulario más apropiado al tema.

Para poder comprender la enorme tarea lingüística unificadora realizada por Lutero, hay que situarse en la Alemania de su época. Así como estaba dividida políticamente en cientos de pequeños principados, lo estaba también lingüísticamente en múltiples dialectos del Bajo Alemán, del Medio Alemán y del Alto Alemán. Apenas se insinuaba la posibilidad de una lengua común en la así llamada lengua de las cancillerías, que era el lenguaje diplomático con que se entendían entre sí los representantes de las distintas cortes, pero que no era accesible a las grandes masas.

Parece que así como no la había en lo político, tampoco había en la lengua una fuerza aglutinante.

Por su nacimiento en Eisleben, en Turingia del Norte, sus años de escuela en Mansfeld cerca del monte Harz, sus años en estudio de Magdeburg, Eisenach y Erfurt, tuvo oportunidad de escuchar muchos dialectos diferentes. Debido a su origen y a muchos viajes emprendidos a pie por distintas regiones alemanas y también hacia Roma, atravesando Baviera y Würtemberg, tuvo la oportunidad de desarrollar su sentido para los idiomas y su oído para los más finos matices de diferencias. Reforzarón estos conocimientos sus estudios de lenguas clásicas. Con ello desarrolló un amor por su propia lengua, la que se aprecia más mientras mejor se conocen las extranjeras.

Todo este bagaje de experiencias lo hizo apreciar una lengua que fuera comprendida por todos sus compatriotas, y debido a esa preocupación meditó cada palabra de su traducción, para que el lenguaje de la Biblia alemana estuviera al alcance de todos los alemanes, por encima de las barreras geográficas y sociales.

Es así como afirma en su "Mensaje sobre la traducción": "Hemos buscado durante 14 días, tres o cuatro semanas una sola palabra y hemos preguntado sin poderla encontrar... trabajamos de manera que a veces avanzamos en cuatro días apenas tres líneas".

Con mucha visión del futuro escogió la mencionada lengua de las cancillerías, enriqueciéndola en diversos aspectos. Primero, la enriqueció con vocablos que tomó del Medio Alemán, que en su tiempo sólo eran comprendidos por los habitantes del centro de Alemania, y que, después de Lutero, pasaron a formar parte hasta hoy del idioma culto de todo el país. Ejemplos de ello son antlitz (rostro), bange (asustado), beutel (bolsa), empören (indignarse) y heiraten (casarse). Por otra parte, creó Lutero una serie de neologismos cada vez que lo estimó necesario para expresar con fidelidad las ideas del original; vayan como ejemplo dachrinne (canaleta), ehescheidung (divorcio), morgenland (Oriente) y plappern (chapurrear).

Además enriqueció Lutero la lengua mezclando dentro de ella dichos

populares que han quedado hasta hoy como modismos de mucho uso. Ejemplos de ello son "stein des anstosses" (piedra del escándalo), "im schweisse seines angesichts" (con el sudor de su frente), "sein scherlein beitragen" (aportar su grano de arena) y "herrlich und in freuden leben" (vivir como un gran señor y sin preocupaciones). Otra de sus formas de ampliar el vocabulario consistió en el uso de palabras ya conocidas con significados nuevos, como por ejemplo, el verbo "fassen" con el significado de "begreifen" (captar por comprender), "grund" con el significado de "ursache" (base por causa) y "wichtig" con el significado de "bedeutend" (importante por significativo). Algunas palabras que se refieren específicamente a asuntos religiosos adquirieron en boca de Lutero la importancia y además el significado con que existen hasta hoy. Como ejemplos interesantes nombramos protestant (protestante), pastor (párroco), y reformation (reforma), busse (penitencia), glaube (fe), y gnade (misericordia).

Como un dato pintoresco que revela el carácter agresivo de Lutero aparece otro grupo de palabras fuertemente peyorativas, creadas por él y que usó en sus cartas y prédicas. Nos hacen sonreír hoy día conceptos como seelmörder (asesino de almas) o pabstesel (seguidor del papa).

No habría tiempo ni espacio para mencionar todas las variadas formas de que se valió Lutero para escribir verdaderamente el "alemán" y combatir así las detestables formas del lenguaje imperante en aquella época en Alemania entre las clases cultas y semicultas, que consistía, en todos los campos, tanto dentro del ámbito de la iglesia y de las universidades como en la vida diaria, en una mezcla del vocabulario del latín vulgar con un alemán latinizado, que revelaban una deformación y un desconocimiento de ambas lenguas. Para ilustrar el lenguaje vulgar que estamos mencionando vayan los ejemplos siguientes: en algunos casos se fusiona una palabra alemana con un ejemplo extranjerezante, de lo cual resultan expresiones como "rumors und geschrayes" (ruidos y gritos), "in einem cubo oder würffel" (en un cubo o dado). En otros casos se tomaba una raíz del alemán y se le agregaba simplemente un sufijo extranjero, y resultaban palabras como "stulieren" (de stuhl, silla = estar sentado) o "dolisieren" (de doll, alocado y que significaba portarse como un loco). También era moda en aquella época traducir los apellidos al latín o, en su defecto, agregarles una terminación latina. Así un vulgar Bauer pudo llamarse Agrícola, un señor Kaufmann pudo llamarse Mercator y otros se llamaron simplemente Hoffmannius o Vogelius. Los estudiantes universitarios, que tenían que someterse al difícil estudio del latín, aprovechaban sus conocimientos para mofarse del débil barniz cultural existente en el medio ambiente, latinizando en forma jocosa expresiones de uso diario, con lo cual contribuían a la confusión existente en

el uso del idioma. Como ejemplo citaremos "schlendrian" (holgazán), "sich bene tun" (darse un gusto) o "weinschlauchität" (borracho).

La Biblia de Lutero tuvo un efecto multiplicador sobre el vocabulario que usaba el pueblo alemán. Pero éste no fue el único efecto; como ya dijimos, el reformador creó un gran número de palabras que no existían, contribuyendo con ello a reemplazar en parte los latinazgos y la mezcla de ambas lenguas que era común en su época. Lutero fue el primero que usó en la lengua escrita la forma alemana del plural terminada en -er, como por ejemplo en los sustantivos lamb-lamber (cordero), weib-weiber (mujer), feld-felder (campo) y kind-kinder (niño). Con estas formas, usuales hasta hoy día, desplazó a los plurales usados a la manera latina, con una forma idéntica a la del singular.

Otra contribución interesante a una modificación del alemán fue la sintaxis de la traducción de la Biblia. Al comparar la primera edición del año 1522 con la última revisada por Lutero, del año 1546, se puede comprobar que, en cuanto a gramática, el autor va evolucionando lentamente del uso de la parataxis a la hipotaxis, es decir, del uso de las oraciones simples en forma lineal al uso de oraciones compuestas de oraciones principales con una o dos oraciones subordinadas. Con ello logra una transformación del estilo, que marca claramente el paso de un estilo de lenguaje hablado, como podía ser el lenguaje de una predica, a un lenguaje escrito, que permite pensamientos más complejos y favorece más la argumentación abstracta.

Esto significa un hito en la larga evolución que tuvo que seguir la lengua alemana para servir a los clásicos y a los grandes filósofos y humanistas que vendrían más adelante a usarla como instrumento de sus obras.

Como ejemplos de esta afirmación citaremos la evolución sufrida por la siguiente oración: Del Evangelio, según San Marcos 15, 25 "Und es ware umb die dritte Stund, und sie creutzigten yhm" (1522) (paratáctico, oración simple), "Und es war umb die dritte Stunde, da sie jn creutzigten" (1546) (hipotáctico, oración compuesta), (Era la hora tercia y lo crucificaron; era la hora tercia cuando lo crucificaron).

La traducción de la Biblia ayudó también a divulgar el uso de nuevas conjunciones, las que eran frecuentes entonces nada más que en el Alemán Medio. Estas son las conjunciones causales "denn", "weil" y "die weil", las que se incorporaron desde ese momento a la lengua de todo el país y que reemplazaron a la conjunción única "wan", que servía hasta entonces para expresar la idea de causalidad. Citamos para ilustrar esta afirmación las oraciones siguientes: Del Evangelio, según San Mateo 18, 32 "alle Schuld vergab ich dir, *wann* du bet mich sein" (Biblia de Mentel 1466), ("toda aquella deuda te la perdonaré porque me lo suplicaste"). En la versión de

Lutero la misma oración está redactada en la forma siguiente: "alle diese Schuld habe ich dir erlassen, *die weil* du mich batest". Del Evangelio según San Lucas 2, 7 "und legt in im die Krippe; *wann* in was mit ein stat in dem Gasthaus" (Biblia de Mentel 1466) ("lo acostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en la posada"). Lutero la redacta de la siguiente manera: "und leget jn in eine Krippen, *denn* sie hatten sonst keinen Raum in der Herberge". Del Evangelio según San Marcos 10, 22 "er wart betrubt in dem wort: und gieng hin traurig, *wann* es was habent vil Besitzungen" (Biblia de Mentel, 1466), lo que Lutero expresa en la forma siguiente: "er aber ward umuts über der rede, und gieng trauring davon. *Denn* er hatte viel güter" (y se fue lleno de tristeza, pues poseía muchos bienes).

Otro aspecto en que Lutero ayudó a fijar definitivamente algunas características del idioma alemán culto moderno, es en lo referente a la posición de los participios de los verbos en las oraciones subordinadas. El fenómeno tan característico del alemán de la posición final de las formas infinitivas del verbo es conocido de todos los que alguna vez han aprendido o tratado de aprender esta lengua y de todos los traductores o intérpretes, a quienes han creado una dificultad específica las oraciones en que se comprueba este fenómeno. El hecho de que la lengua alemana ponga gran parte del significado o del peso de la oración en la palabra final, da a sus frases una entonación característica y tan marcada que, por ello, ha sido motivo de imitaciones e interpretaciones jocosas. Ilustramos esta afirmación con el siguiente cambio que percibimos en el estilo de Lutero. En la versión de la Biblia de 1522 en el Evangelio según San Mateo 18, 10 dice: "sehet zu, das yhr nicht *verachtet* yemand von disen kleynen", lo que en la versión de 1546 toma la forma "sehet zu, das jr nicht jemand von diesen kleinen *verachtet*", (cuidado con despreciar a uno solo de estos pequeños).

Lutero participó, tal vez sin saberlo, de una tendencia vigente en su tiempo. La invención de la imprenta aumentó poderosamente el uso de la lengua escrita y este lenguaje exige crear formas más complejas que las de la lengua hablada, que sirvan a la mejor claridad de la argumentación y a contenidos más elaborados. Lutero fue el iniciador de esta evolución de la lengua, la que continuó más tarde con otros escritores que llevaron el estilo a su más alta capacidad de expresión. La exageración de esta tendencia llevaría por último en nuestro siglo a la construcción de oraciones incomprensibles por la interdependencia de larguísima frases subordinadas.

Resumiendo, se podría afirmar que Lutero contribuyó poderosamente a desarrollar la norma de la lengua alemana escrita.

De las muchas obras que escribió Lutero hay una que ya hemos mencionado, "Sendbrief vom Dolmetschen", cuyo título hemos traducido como

"Mensaje sobre la traducción". En ella Lutero defiende su manera de traducir la Biblia, ya que en su época su traducción se consideró alejada de la letra, antojadiza y arbitraria. En este mensaje defiende sus puntos de vista, y es importante porque llega a formular una verdadera teoría de la traducción.

La energía de este pensador y reformador no se agotó con esta gran obra. Ya antes de publicar las Sagradas Escrituras había comenzado a publicar diferentes escritos, con los cuales deseaba apoyar su obra reformadora iniciada con sus 95 tesis, que dio a conocer en las puertas de la iglesia de Wittenberg.

Parte de sus escritos fueron redactados en latín, porque con ello era más fácil que su mensaje llegara a un nivel intelectual universitario. Otros están escritos en alemán. Los textos latinos no tardaron en ser traducidos al alemán y el público lector se arrebataba estas publicaciones, tal como lo hizo con la Biblia, pues para el pueblo alemán Lutero ya había adquirido una enorme fama. Se apreciaba en él tanto la lengua, que por primera vez unió a su pueblo, como el contenido, que reflejaba un nuevo concepto del hombre y una forma nueva de enfocar la relación de éste con su Dios.

La fuerza arrolladora de todos sus escritos se explica por su capacidad de identificarse con su pueblo, por la profundidad y sinceridad de su sentimiento religioso, y por su sugestiva capacidad de expresión, que le permitía encontrar la palabra exacta y el ritmo en la oración. Todas estas características de su lenguaje explican por qué su traducción de la Biblia pudo llegar a todos los hogares alemanes. Otra razón para ello fue el hecho de que en esa época circularan gran cantidad de volantes que contenían algunos principios de Lutero y que habían ido preparando a la gente para captar su mensaje, tanto en el contenido religioso como en la forma de expresión. Se vivió en Alemania en aquel entonces una revolución espiritual de tal tipo, que las grandes masas participaron de estas discusiones y se apasionaron, y debido a ello encontró aún mayor difusión la lengua escrita de Lutero. Características decisivas de su condición lingüística creadora fueron su capacidad de escoger en todo momento aquella palabra que expresara mejor los sentimientos que nacen del corazón y que apelara a las sencillas emociones humanas. Esta forma auténtica de expresarse conmovió de tal manera a los alemanes, que fue imitado incluso en los escritos de aquellos que lo combatían.

Lutero dejó también como herencia muchos escritos polémicos y teológicos, tres de los cuales son la base de su teoría reformista. Muchos de ellos están redactados en un lenguaje similar al de la Biblia y en ellos también se agiganta el carácter definido y creador de su autor. Su lenguaje no sólo es comunicación, sino expresión plena de una poderosa personalidad y de un alma auténtica; y se descubren en él rasgos de agresividad, de profundo

recogimiento, de un humor terriblemente crítico, de apasionado entusiasmo, de profundidad en los sentimientos y también de una capacidad práctica para resolver los pequeños e insignificantes problemas de la vida diaria.

De estos escritos vale la pena mencionar por su importancia "An den christlichen Adel deutscher Nation" (A la nobleza cristiana de la Nación Alemana) y "Von der Freiheit eines Christenmenschen" (Sobre la libertad de todo cristiano).

En el primero se dirige el reformador, como lo dice el título, al Emperador, a los príncipes y a la baja nobleza de su patria para solicitar su ayuda en las reformas que necesitan la Iglesia y el Estado Alemán. En su opinión la Iglesia necesita el apoyo de todo cristiano para volver a las sencillas costumbres primitivas, eliminando el lujo excesivo y suprimiendo las grandes contribuciones en dinero que debía hacer el pueblo alemán a la Iglesia de Roma. Otro punto importante para él era evitar que las peregrinaciones se transformaran en fiestas libertinas, y la principal reforma, según él, era ceñirse absolutamente en todo a las Sagradas Escrituras y no a las interpretaciones hechas posteriormente por la Iglesia de Roma. De ahí se deduce, por ejemplo, su desacuerdo con el celibato eclesiástico.

Dentro de este mismo texto apela Lutero con toda la fuerza de sus sentimientos cristianos a todas las instancias que sustentan en Alemania el poder terrenal, diciéndoles que deben suprimir el lujo, y deben reducir las exigencias de impuestos y contribuciones al pueblo para que haya un mayor bienestar para toda la nación. Incluso incursiona el autor en el campo de la educación y propone la creación de escuelas y una reforma de las universidades.

En su afán de reformar toda la vida de los cristianos, sin distingos si ellos pertenecen al estamento eclesiástico o son simples cristianos en virtud de su bautizo, desea para todos un acercamiento al verdadero Cristo, a la verdad y a la sencillez de las costumbres, y critica muchos aspectos de la vida diaria, como por ejemplo la costumbre de pedir limosna, fomentada por algunas órdenes religiosas, la tolerancia de las casas de prostitución, las que daban ganancias a grandes señores, y todas las formas de derroche y de vicios en la comida y bebida. El sugería que se llamara a un concilio con representantes eclesiásticos y laicos, para tratar de aunar criterios y tomar resoluciones respecto de todas estas materias. Para Lutero cualquier persona bautizada tenía los mismos derechos y la misma responsabilidad que un sacerdote ante todos estos errores e injusticias que afligían a la humanidad.

El segundo escrito de Lutero contiene un verdadero resumen de su teoría reformadora. En él el autor abandona su tono crítico de ataque a las

condiciones sociales negativas imperantes en su época, para limitarse a aclarar los pensamientos religiosos que constituyen la base de su teoría.

En un juego dialéctico explica cómo todo verdadero cristiano es por su fe interiormente libre, y por lo tanto no es servidor de nadie más que de su Dios; sin embargo, exteriormente y en su condición de criatura mortal, depende por un lado de circunstancias terrenas que lo mantienen aprisionado hasta el momento en que Dios ha de juzgarlo, y por otro de sus obras, que precisamente por ser cristiano, lo ponen al servicio de todos sus hermanos, tengan éstos su misma fe o no hayan llegado todavía a ella.

Hay un tercer escrito que tiene importancia por su contenido referente a la concepción luterana de la Iglesia Cristiana. Su título es "Von der babylonischen Gefangenschaft der Kirche" (Sobre la cautividad babilónica de la Iglesia). Esta obra, que contiene una crítica a algunos aspectos teológicos, fue redactada por su autor en latín, porque no quiso que una discusión de esta índole llegara a las masas. Sin embargo, la obra fue traducida rápidamente al alemán por sus detractores, quienes la publicaron con tergiversaciones, por razones obvias. Debido a esto no nos compete respecto de ella ningún comentario desde el punto de vista lingüístico o literario.

Características notables de la personalidad de Lutero fueron su carácter extrovertido y jovial y su gran honradez. Estos rasgos lo hicieron constituir un hogar muy hospitalario; él sentaba con agrado a su mesa a toda clase de personajes, desconocidos o importantes, influyentes o humildes. Esto requería de su esposa una gran paciencia para atender a toda hora a los huéspedes que acudían por asuntos de la vida diaria o simplemente para oír a quien ya algunos llamaban "el profeta de Alemania".

Lutero acostumbraba almorcazar acompañado y sazonar la sobremesa con ingeniosos y profundos pensamientos referentes a los asuntos más diversos que cautivaban su interés. En estas conversaciones afloraban opiniones sobre asuntos del dogma, sobre la educación de los niños, sobre el carácter femenino, sobre enseñanzas cristianas u otros temas. Sus compañeros de mesa aportaban ideas propias, por ejemplo, sobre la astucia de los campesinos, las mezquindades de la vida pueblerina y muchos otros temas intrascendentes.

Muy pronto cayeron algunos de sus interlocutores en la idea de anotar algunos de los pensamientos vertidos por Lutero durante estas conversaciones, las que se efectuaban en un latín salpicado de palabras, modismos o frases completas en alemán. Fue así como apareció Konrad Cordatus como el primero que trató de colecciónar en una versión escrita estas conversaciones, tratando de fijar el contenido y conservando la pintoresca mezcla de latín

con alemán que era el lenguaje diario en que se expresaban en esa época todos los estudiosos de Alemania.

Entre los jóvenes admiradores de Lutero apareció toda una generación entusiasmada por anotar y atesorar los pensamientos del maestro.

Las diarias visitas de gran cantidad de discípulos, pendientes sólo de la palabra del dueño de casa, causaron a menudo la impaciencia y el enojo de la señora Katharina, esposa de Lutero, que se veía un tanto abrumada con la hospitalidad indiscriminada que brindaba su esposo. El variado público solía anotar con más entusiasmo que exactitud las palabras del maestro, y los participantes se consultaban e intercambiaban posteriormente los apuntes. Fue así como los pensamientos que Cordatus había ordenado al principio sólo en forma cronológica, perdieron este orden. Más tarde se trató de reordenarlos, pero ahora desde un punto de vista dogmático o del contenido de cada conversación en particular.

Andando el tiempo, todos los interlocutores que alguna vez se sentaron a la mesa de Lutero fueron tomando conciencia de que este material era de sumo valor para eventuales publicaciones, y así fue como hubo diversos interesados en llevar a la imprenta diferentes fragmentos, los que sólo mucho más tarde pudieron ser ordenados con un criterio objetivo y editados después de la muerte de su autor.

En relación con estas publicaciones tienen importancia los nombres de Johann Aurifaber o Johann Goldschmied, que fue estudiante y a la vez acompañante de Lutero y que trató de reproducir todos estos coloquios, traduciéndolos al alemán, de lo cual resultó el "Libro de Lectura, Enseñanzas de Moral y Entretenimiento". Cabe decir de esta obra, escrita en el estilo de la época, que se caracterizaba por no rehuir los aspectos o las descripciones groseras, si ellas se estimaban necesarias para la comprensión del tema.

Para nuestra visión de hoy es importante situar la obra de Lutero en su época. Por muchos factores determinados por la evolución histórica, tenía el ser humano de fines de la Edad Media una sensibilidad diferente a la de hoy día. En ese tiempo reinaba un estilo mucho más crudo y más directo en el uso del vocabulario, y ello se estimaba necesario para hacerse entender. Es conveniente pues enmarcar el estilo de Lutero dentro de una perspectiva histórica para poderse formar un juicio valorativo sobre él.

Las conversaciones que mencionamos fueron traducidas más adelante al latín por un párroco de Eschersheim, de nombre Rebenstock. En su versión aparecen algunas partes que no figuraban en la de Aurifaber. Esta nueva versión tampoco fue hecha en el orden en que habían sido recogidas las conversaciones primitivamente, y su lectura revela que el material fue revisado y pulido nuevamente, con lo cual se aleja más del original.

Debido a la importancia histórico-cultural de Lutero, continuó acrecentándose el interés por conocer su verdadero pensamiento, y por esta razón se siguieron buscando los originales de los "Tischgespräche" (Conversaciones de sobremesa). Al fin el éxito coronó la labor de investigación del párroco Johann Karl Seidemann, especialista del siglo XIX en estudios sobre Lutero, causando verdadera sorpresa en 1872 con la edición de los apuntes de uno de los interlocutores de Lutero, Anton Lauterbach. Estos apuntes, que abarcan un año completo de la vida del reformador (1538), están escritos en la mezcla de latín y alemán que era su lengua original. El entusiasmo causado por esta obra llevó a otros investigadores a continuar la búsqueda de originales, y es así como han aparecido nuevas colecciones que conservan el tono original de los coloquios de Lutero y aventajan en mucho a las versiones en latín o en alemán.

El material de estas colecciones es muy rico desde el punto de vista biográfico, y ha servido de fuente bibliográfica para escribir sobre las grandes ideas y también sobre pequeñeces de la vida de Lutero. Más de algún estudiante de su época pretendió hacer dinero llevando a un impresor sus apuntes sobre el maestro.

Fuera de los temas referentes a la Iglesia, que eran preocupación primordial de la época, afloran en estas conversaciones temas referentes a las supersticiones, a las brujas y demonios, anécdotas humorísticas de convento y comentarios referentes a las lecturas de Lutero, cuyo contenido retenía él con una memoria privilegiada. Llama la atención la ausencia total de la más mínima alusión al descubrimiento del Nuevo Mundo y a todos los otros importantes descubrimientos de aquella época, que transformaron la visión del hombre respecto del Universo.

De acuerdo a las formas de vida y a las necesidades imperantes en la época, era la correspondencia una de las formas literarias más usuales y necesarias. Lutero hizo uso de ella a lo largo de toda su vida, tanto para comunicarse con personas de alto rango, como príncipes y prelados que tuvieron importancia en la Alemania de ese tiempo, como en su vida personal o para mantener contacto con profesores y humanistas destacados, como Melanchton, por ejemplo. No faltan tampoco entre su nutrida correspondencia personal las cartas cariñosas a su esposa y a sus hijos. Todos estos pequeños escritos, que van desde el estilo respetuoso y humilde hasta el estilo familiar, doméstico y humorístico, han sido encontrados por estudiosos y publicados poco a poco para mostrar al público interesado una nueva faceta de Lutero como escritor.

En su conjunto esta correspondencia abarca más de 3.000 cartas, en las cuales se descubre el mismo lenguaje directo, lleno de imaginación y de

pureza expresiva que es el estilo propio del autor que ya hemos comentado refiriéndonos a la Biblia. Se confirman aquí sus grandes cualidades en el dominio de la lengua, en la cual sabe combinar lo auténtico con lo estilísticamente correcto.

Se puede afirmar que si bien el contenido de estas cartas suele ser sólo de un valor contingente, la forma de expresión de ellas pinta nuevamente de cuerpo entero a su autor, y son por ello un tesoro de incalculable valor como testimonio humano.

Aparentemente se asentaban las raíces de la personalidad de Lutero profundamente en el cristianismo medieval. Dedicó su vida a la problemática cristiana y tal vez por ello no se interesó mayormente por las culturas latina y griega, aunque por su actividad como teólogo y por la profundidad de sus estudios tuvo acceso a toda la literatura de esas dos culturas. De todo el material que le ofrecían, y consta que lo leyó en gran parte, lo que más llamó su atención fueron las fábulas de Esopo. El las enfocó precisamente como cristiano y le parecieron llenas de enseñanzas de moral humana y dignas de ser aprovechadas para su actividad de predicador.

Por esta razón se dedicó durante su estada en el Castillo de Coburg a traducir 13 fábulas de este autor.

En esos momentos se celebra una Dieta en la ciudad de Augsburgo, y Lutero, en su calidad de proscrito, corría grave peligro si abandonaba su refugio. Pero, siempre activo e interesado en las disputas sobre temas religiosos que agitaban en ese momento a todas las conciencias, aprovechó bien la obligada quietud de su retiro para redactar panfletos en que se defendía de sus detractores. Tradujo también las fábulas griegas mencionadas, que sólo vieron la luz pública en 1557, once años después de su muerte.

Lutero participó, con su visión de la fábula, de la evolución que sufrió este género con la irrupción del humanismo. Este movimiento interpretó la fábula a la manera antropocéntrica; es decir, este género se hace más realista y se pone al servicio de la moral y, en Lutero, al servicio de los nuevos principios religiosos.

Estas obras de Lutero se caracterizan por un lenguaje similar al que usó al traducir la Biblia: él trató de reproducir el contenido en un lenguaje claro, sencillo y comprensible para todos. Al final de cada fábula agregó una sentencia de contenido moral que resumía la enseñanza del relato, que a menudo remataba con un proverbio.

Lutero supo hacer uso magistral de este elemento estilístico, el proverbio popular, del cual dejó una colección de más o menos 500 ejemplos. Si se estudia este aspecto de la producción literaria de Lutero, se comprueba que en conjunto nos da una visión de su concepto de la moral reformadora.

Algunos principios que se repiten son p. ej. el de que el mundo está lleno de falsedad, que la violencia vence al derecho, que el justo está condenado al sufrimiento en esta vida y que la modestia y humildad deben primar en la vida del cristiano.

En la búsqueda tras los medios que le pudieran permitir llevar a cabo su cruzada reformadora y enseñarle al hombre sencillo e ignorante las verdades de la religión, encuentra el arte dramático medieval. Reconoce la capacidad de enseñanza que posee el arte escénico y por esta razón aconseja en los prólogos del libro de Judith y del libro de Tobías usar los temas bíblicos para el drama. Según él, estos temas contienen ricos elementos dramáticos, a los que se les puede dar vida en un escenario como p. ej. las verdades del Evangelio, las historias bíblicas, las parábolas de Cristo y, en general, las enseñanzas morales útiles para todo buen ciudadano.

Tomemos en cuenta que el teatro dio en la época de Lutero un enorme paso en su desarrollo y se transformó, del escenario en que aparecían simultáneamente diferentes acciones, a una forma más moderna, en escenas sucesivas, en que los actores aparecían y desaparecían, dividiéndose la obra en diferentes actos. Con esto se pudieron simplificar el escenario y los medios de representación. La acción adquirió más coherencia y el peso de la palabra pasó a ser importante y reemplazó por primera vez al mero juego mímico.

Lutero previó las posibilidades que este nuevo arte escénico ofrecía para difundir las enseñanzas bíblicas a todo nivel.

Lutero fue también el gran creador e impulsor del canto religioso alemán, que nació en contraposición a los cánticos en lengua latina. Anteriormente era costumbre que un coro que se situaba en la iglesia separado de la comunidad que asistía a la misa, entonara cánticos en latín no incluidos estrictamente dentro de la liturgia. Como el pueblo no los comprendía, le eran indiferentes y no eran la correcta expresión de su fervor religioso.

Lutero captó la necesidad de que la música durante los servicios religiosos sirviera de expresión al anhelo de toda la comunidad de cantar a su Dios con fuerza y optimismo, y que esta expresión estaba plenamente de acuerdo con sus ideas respecto del acercamiento personal de cada cristiano al Señor.

Este pensamiento es característico de Lutero, quien apreciaba mucho la música, y en cambio deseaba una iglesia sin ninguna clase de ornato. Por esta razón las artes como la escultura, la pintura y la arquitectura llegaron a un cierto estancamiento en aquellas regiones de Alemania donde se afincó la religión luterana.

Para él la iglesia se podría definir simplemente como "Sala de predicas". La predica era para él la parte sustancial de la misa. Por eso se han

conservado dentro de su obra innumerables prédicas originales que sirvieron de modelo a otros predicadores, y que son expresión típica de la fuerza vital que irradiaba el autor.

La enorme fuerza que tomó el canto religioso alemán creado por Lutero se debe a varias razones, entre otras, a que él captó esta necesidad sentida por los fieles.

Su creación arraiga en diversas corrientes poéticas y musicales que estaban vivas en su época. Por un lado existían canciones populares con temas religiosos, cantadas en alemán durante alguna peregrinación o como súplicas al Señor con algún motivo especial. Existían también los cánticos en latín que ya mencionamos, a veces como símiles a los salmos y, por último, estaba muy difundido en Alemania el arte de la versificación al estilo de los maestros cantores.

Lutero supo captar el fervor y la calidez de las canciones populares, el ritmo rápido y vivo de los cánticos eclesiásticos latinos, y la estrofa de los maestros cantores. Con estos tres elementos creó su "Kirchenlied", canción religiosa evangélica. Esta creación, a pesar de anclar en estas tres tradiciones, no habría podido tener la poderosa fuerza poética de que está dotada si no fuera porque Lutero le agregó algo propio y que es la condición que hace de un hombre cualquiera un verdadero poeta: la enorme fuerza que fluye del corazón con una capacidad casi infantil de captar las cosas, la alegría de sentir a Dios y su creación y de acompañar a otros en este sentimiento, y por último, la pureza que da la fe plena de ser un hijo de Dios y de gozar de su protección ante todas las adversidades de la vida.

Citemos como ejemplo "Da Pacem Domine".

*Verleih uns Frieden gnädiglich,
Herr Gott, zu unsren Zeiten.
Es ist ja kein anderer nicht,
Der für uns könnte streiten,
Denn Du, unser Gott, alleine.*

*Concédenos la gracia de la paz
en medio de la vida, Padre Nuestro.
No tenemos a otro a quién clamar
que luche como Tú, en nuestra defensa.*

Con esta profunda fe religiosa nació este género y fue incorporado a la liturgia, pasando a ser, no la expresión de un poeta singular, sino expresión de la experiencia de Dios sentida por cada uno de los participantes en la

misa. Pasó así a ser una de las partes más importantes del culto, y se publicaron muchísimas ediciones de estas canciones, con el objeto de que todo creyente participara de la acción de gracias al Señor y entendiera, con la fuerza y expresividad del lenguaje de estos himnos, realmente el verdadero sentido de su comunicación con Dios.

En el prefacio de una de las ediciones de sus canciones se refiere Lutero a la hermosa música y cánticos que se suelen escuchar en las parroquias, que en su opinión consisten o van acompañados de textos inapropiados. Por esta razón, explica, fueron despojados de sus textos originales y reemplazados éstos por la santa y viva palabra de Dios, para que la hermosa música sea utilizada como se debe, en beneficio del Creador y de los cristianos, y tenga el poder de mejorar y dar fuerza a estos últimos en su fe.

Entre las creaciones que han quedado para la posteridad se distinguen 37 himnos creados por Lutero, en parte con absoluta originalidad y en parte inspirados en salmos y canciones latinas.

La primera edición de Canciones Evangélicas es de 1524. Al editarse esta obra fue deseado expreso del reformador que se enseñara a cantar a los niños. La segunda es de 1529 y la última de 1545. Cada una de estas ediciones se enriqueció respecto de las anteriores con nuevas obras, en parte del propio Lutero y en parte de sus discípulos y amigos, a quienes él estimulaba para que produjeran cánticos religiosos, ya que dentro de su concepción de la religión ellos jugaban un papel muy importante.

Estas canciones pasaron a ser riqueza popular y a lo largo de los años se han seguido cantando, a veces alterando sus versos o su música, de manera que hoy día es difícil distinguir lo que es producción propiamente de Lutero de aquello que se le ha agregado o mutilado.

La popularidad de este género trajo como consecuencia que se cantara en todas partes, incluso en la iglesia católica, y es por eso que aparecieron muchos poetas y músicos que le dedicaron su tiempo. La ciencia de la literatura ha podido comprobar la existencia de unos 500 cantos arquetípicos, que sirvieron como base para las miles de canciones propagadas en toda Europa.

Entre las canciones luteranas que todavía se oyen hoy en los servicios religiosos, las más conocidas son: "Ein feste Burg ist unser Gott" (Poderosa fortaleza es nuestro Dios), "Aus tiefer Not schrei ich zu Dir" (Desde mi profunda angustia clamo a ti), "Mit Friede und Freude fahr ich dahin" (En paz y alegría voy por el mundo) y "Vom Himmel hoch da komm ich her" (Provengo de las alturas).

Al recorrer estas ediciones de canciones comprobamos que existen

canciones de Pascua, de Navidad, de Pentecostés y cantos fúnebres para consolar a los deudos y hablar de la salvación del alma.

De las creaciones de Lutero, la que ha tenido más seguidores es la del canto religioso. Se puede establecer una clara línea de continuidad entre las creaciones de Lutero mismo en el siglo XVI, las de Paul Gerhardt en la época de la Guerra de 30 años ("O Haupt voll Blut und Wunden" - "Rostro lleno de sangre y heridas"; "Befiel du deine Wege" - "Encomienda tus pasos"); las de Gellert en la época del racionalismo ("Die Himmel rühmen" - "Los cielos alaban"); las de Novalis en el romanticismo; las de Rückert en el siglo XIX, hasta los tiempos modernos con R.A. Schroeder y J. Klepper, quienes promovieron una renovación de las canciones religiosas por medio de la vuelta a los textos y música originales.

Resumiendo las reflexiones sobre la persona y obra de Lutero, se podría afirmar que mientras más tiempo se dedica a su estudio, más se agiganta su personalidad extraordinaria dentro del contexto histórico.

Al comienzo nos maravilla la transparente claridad y sencillez de su pensamiento. Este contenido en ideas exigía también claridad y precisión en las formas de expresión; de ahí que sus ideas reformadoras lo condujeron a un estilo magistral, que fuera el correcto vehículo para llevar este mensaje a todo el pueblo alemán.

Al estudiar sus escritos se llega a la conclusión de que su mensaje religioso está unido inseparablemente a su vena poética y creadora de nuevas formas de expresión. Ambos aspectos de su obra forman un todo indisoluble: si él no hubiera escrito en un lenguaje accesible a todos sus compatriotas, su obra reformadora se hubiera ignorado; y a la inversa, si su mensaje religioso no hubiera tenido el contenido revolucionario que tuvo, es posible que su creatividad poética hubiese sido relegada al olvido y no hubiese llegado hasta nuestros tiempos.

La comprobación de estos hechos nos lleva a responder afirmativamente a la pregunta que planteáramos al comienzo de esta disertación y que probablemente es la pregunta que se hacen todos aquellos que se interesan por el aspecto literario de la obra de Lutero.

¿Es Lutero un genio de la lengua? ¿Se le puede llamar creador o reformador de la lengua alemana culta moderna? Creemos que a la luz de todos los antecedentes que nos sirvieron de bibliografía, las dos preguntas se pueden responder a conciencia en forma afirmativa.

Citamos de Thomas Mann algunas hermosas palabras que pueden corroborar lo dicho anteriormente: "El (Lutero) creó por medio de su genial traducción de la Biblia la lengua alemana que llevaron más adelante Goethe y Nietzsche a la perfección".

El gran poeta Goethe dijo: "Los alemanes llegaron a ser un solo pueblo por la obra de Lutero".

Para finalizar citaremos el pensamiento de Nietzsche, quien dice que comparada con la traducción de la Biblia de Lutero, a la cual él llama la Obra Maestra, todo lo demás que se ha escrito hasta hoy sería, dicho peyorativamente, sólo "Literatura".

BIBLIOGRAFIA

1. BOESCH, BRUNO (Hg) *Deutsche Literaturgeschichte in Grundzügen* Bern und München; Francke Verlag, 1967.
2. DIE BIBEL. Stuttgart; Privileg. Württembergische Bibelanstalt, 1934.
3. EROMS, HANS WERNER. *Dem Volke aufs Maul geschaut*. In: Letter Nr. 2 Juni 1983. Herausgeber: DAAD, Bonn.
4. FLÄSCHENDRÄGER, WERNER. *Martin Luther*. Leipzig; VEB Bibliographisches Institut, 1982.
5. FRIEDENTHAL, RICHARD. *Luther*. München/Zürich; R. Piper & Co. Verlag, 1982.
6. FRIEDERICH, WERNER P. *Historia de la Literatura Alemana*. Buenos Aires; Editorial Sudamericana, 1973.
7. GLASER, HERMANN / STAHL, KARL HEINZ (Hg). *Luther gestern und heute*. Frankfurt am Main; Fischer Taschenbuchverlag, 1983.
8. KLEINE ENZYKLOPÄDIE. *Die Deutsche Sprache*. Leipzig, VEB Bibliographisches Institut, 1969.
9. KLUGE, MANFRED / RADLER, RUDOLF (Hg). *Hauptwerke der deutschen Literatur*. München; Kindler Verlag, 1974.
10. KOENIG, ROBERT. *Deutsche Literaturgeschichte*. Bielefeld und Leipzig; Verlag von Velhagen & Klasing, 1881.
11. KÖSSLING, RAINER. *Martin Luther zum 500. Geburtstag*. In: Deutsch als Fremdsprache, sonderheft 1983 Herausgeber: Herder-Institut, Leipzig.
12. LANGENBUCHER, WOLFGANG (Hg). *Panorama de la Literatura Alemana*. México; Editorial Hermes, 1974.
13. LILJE, HANNS. *Martin Luther*. Reinbek bei Hamburg; Rowohlt Verlag, 1982.
14. LUTHER, MARTIN. *Werke* (8 tomos). Braunschweig; C.A. Schwetschke und Sohn, 1889.
15. MARTINI, FRITZ. *Deutsche Literaturgeschichte*. Stuttgart; Alfred Kröner Verlag, 1977.
16. MEISNER, MICHAEL. *Martin Luther*. München / Zürich; Droemersche Verlagsanstalt Th. Knaur Nachf.; 1981.
17. MOSER, HUGO. *Annalen der deutschen Sprache*. Stuttgart; J.B. Metzlersche Verlagsbuchhanlung, 1963.
18. MOSER, HUGO. *Deutsche Sprachgeschichte*. Stuttgart, Curt E. Schwab, 1955.

19. NUEVO TESTAMENTO. Barcelona; Editorial Herder, 1968.
20. POLENZ, PETER VON *Geschichte der deutschen Sprache*. Berlin-New York; Walter de Gruyter, 1972.
21. RITTER, GERHARD. *Luther*. München; F. Bruckmann Verlag, 1949.
22. SCHIROKAUER, ARNO. *Frühneuhochdeutsch*. In: Deutsche Philologie im Aufriss, herausgegeben von Wolfgang Stammler Berlin; Erich Schmidt Verlag, 1957.
23. WILPERT, GERO VON. *Sachwörterbuch der Literatur*. Stuttgart, Alfred Kröner Verlag, 1964.
24. ZEEDEN, ERNST WALTER *Martin Luther*. In: Die Grossen Deutschen herausgegeben von Hermann Heimpel u.a. Berlin, Im Propyläen Verlag bei Ullstein, 1956.